

Señales de la vivencia mística en Fray Luis de León

José Luis Cancelo García

Centro Cultural Fray Luis de León. Guadarrama. Madrid

*«Yo, señor, me deshecho, me despojo de mí, me huyo y
desamo, para que no habiendo en mí cosa mía, seas Tú solo
en Mí todas las cosas, mi ser, mi vivir, mi salud, mi Jesús»
(Fray Luis de León, a, p. 791).*

*«El ánimo del hombre justo se ayunta y se hace
una con la divinidad de Cristo»
(Fray Luis de León, b, p. 649).*

Resumen

El presente estudio cobra su sentido dentro del marco del Curso-Seminario organizado por la facultad de Teología de la Universidad sueca de Uppsala, en torno a la mística española del Siglo de Oro, centrándose, principalmente, en las figuras místicas de Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz. La última parte del Seminario tuvo lugar, durante los días que van del 12-17 de junio del 2006, en el Centro Cultural agustiniano Fray Luis de León, sito en Guadarrama, Madrid. Fray Luis de León no solamente es contemporáneo de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, sino que está muy relacionado con Santa Teresa de Ávila. Existe la discusión sobre el aspecto místico

de Fray Luis de León. El P. Félix García, gran conocedor del poeta agustino, habla de «hervoreante hondura mística» (Félix García, P., 1991, p. 372). Este trabajo, que sirvió de base a la conferencia impartida el día 13, tras una rápida presentación de la figura de Fray Luis, su emblema y lema relacionados con su estancia en la cárcel, esboza la problemática en torno a su vivencia mística, de la cual, más que de certezas hay que hablar de signos e índices que la insinúan.

Palabras clave

Religiosidad, espiritualidad, creatividad, sensibilidad, tonalidad, señales, mística.

Signs in Fray Luis de León's mystical experience

Abstract

This paper is included within the framework of the Seminar Course organised by the faculty of Theology at Uppsala University. This seminar dealt with the Spanish Mysticism of the Golden Age. It mainly focused on the mystic figures of *Santa Teresa de Ávila* and *San Juan de la Cruz*. The last part of the Seminar took place from 12th to 17th June 2006 at the Augustinian Cultural Centre *Fray Luis de León* in Guadarrama, Madrid. Fray Luis de León is not only contemporary with *Santa Teresa of Ávila* and *San Juan de la Cruz*, but he is very much related to *Santa Teresa de Ávila*. There is a discussion about the mystic aspect of *Fray Luis de León*. Father Félix García, who is a great expert on the Augustinian poet, talks about a 'sparkling mystic depth' ((Félix García, P., 1991, p. 372). This paper was the basis of a lecture delivered on June 13th after a brief presentation on the figure of *Fray Luis*, his emblem and motto which are related to his stay in prison. The paper outlines the problem of his mystic experience of which we should talk of signs and indexes that insinuate it rather than certainties.

Key words

Religiosity, spirituality, creativity, sensibility, tonality, signals.

I. Algo sobre la vida de Fray Luis de León

Fray Luis de León (1527-1591) es contemporáneo de Santa Teresa de Ávila (1515-1582) y de San Juan de La Cruz (1542-1591). Cuando nace Fray Luis de León,



Teresa de Ávila tiene ya doce años. Y cuando nace San Juan de la Cruz, Teresa tiene 27 y Fray Luis tiene 15. Teresa muere a los 67 años. Fray Luis a los 64. San Juan a los 49. Los tres son figuras de porten-

tosa relevancia social, religiosa y literaria y ejercieron un poderoso influjo en su tiempo y también después. No son solamente místicos, sino también poetas y grandes escritores. Los tres entran mutuamente, de una manera u otra, en relación, al menos con sus escritos.

Fray Luis de León está unido a la Universidad de Salamanca. Ya a los 14 años aparece haciendo estudios universitarios en dicha Universidad, estudiando posiblemente Cánones, estudios en los que sobresalió su padre don Lope de León y, además, un tío suyo, don Francisco de León, era catedrático de Cánones. Cuando apenas tenía 16 años ingresa en el convento de San Agustín de Salamanca. Era el día 29 de enero de 1544 y dos años más tarde (1546-1547) aparece estudiando teología en la Universidad (Zarco, P. J., 2 (1928), p. 338).

Fray Luis de León fue profesor en la Universidad de Salamanca durante 30 años, de 1561 a 1591. En 1561 gana la cátedra de Santo Tomás y enseña la Suma Teológica. En 1565 se presenta a las oposiciones y gana la cátedra de Durando de Saint Pourçain, el obispo dominico (+1334). llamada sencillamente cátedra de Durando, y en la que, además de Santo Tomás y las Sentencias de Durando, enseñaba algún filósofo nominalista.

Le tocó vivir tiempos duros. La Inquisición había fortalecido su poder y busca-

ba a los sospechosos de herejía que ponían en peligro la unidad de la Iglesia y de la sociedad. Se estrecha la vigilancia sobre los profesores universitarios. El rector de la Universidad entra en las aulas, sin previo aviso, acompañado del catedrático más antiguo dispuesto a dejar constancia en el conocido *Libro de Visitas de Cátedras*. Se interroga a dos alumnos sobre las ausencias y puntualidad del profesor, sobre las «lecturas», los libros recomendados y los contenidos de la enseñanza. Esta visita se hacía cinco veces en el transcurso del año académico (Fernández, A. M. 1992, p. 32). Acusado de desobediencia y sospecha de herejía, se le condena a prisión que cumple en la cárcel de Valladolid. Fueron casi cinco años los que pasó «en la cárcel y en las tinieblas». Ingresa en ella el 25 de marzo de 1572. Y la abandona en diciembre del 1576.

Son muy varias las razones por las que se le condenó, pero posiblemente lo que puso en marcha el proceso fue su doctrina política sobre el poder expuesta durante el curso que impartió en 1570-1571 con el título '*De Legibus*'. Sostenía que el poder del gobernante no tiene su origen en Dios, sino «en el consenso del pueblo expresado explícita o implícitamente»: «Los reyes —decía—, si de verdad son reyes, todo su poder y todo su derecho a mandar lo han recibido del pueblo. Pues los reyes no tienen por naturaleza el derecho a reinar sobre los otros, sino que el consentimiento expreso o tácito del pueblo hizo que uno se pusiera al frente de los demás y administrase justicia» (Fray Luis de León, 1571, núm. 22, p. 29). Con ello se 'secularizaba' al Rey, borrando de él cualquier vestigio de reverberación divina. No se sabe por qué Fray Luis, siempre del lado del indefenso, de la justicia y contra el poder despótico, guardó silencio sobre la esclavitud, un tema político, humano y religioso (Fernández, A. M. 1992, p. 36).

Además de la razón dada, su condena se basaba en la preferencia que Fray Luis de León mostraba hacia la Biblia de Francisco Vatablo (+1547), y que debido a una cierta orientación protestante ya figuraba en el *Índice de libros prohibidos* elaborado por la Universidad de Lovaina. El emperador Carlos V quiso que la Inquisición lo aplicara en España. También sostenía Fray Luis que la Biblia Vulgata contenía algunas imprecisiones y que se requería una nueva versión desde los originales. Había vertido también desde el original hebreo y al castellano el '*Cantar de los Cantares*', contraviniendo las indicaciones del Concilio de Trento (1545-1563) (González Novatín, J. L., 1992, 125). Para Fray Luis la razón de su prisión fue siempre clara: «La origen y causa total de esta denuncia, que se hizo contra my, no fue zelo de fe ny de verdad, sino pasión y odio y deseo de destruirme con mentiras y calumnias» (Fray Luis de León, 1991, doc. 31, p. 186, 190). También algunos de sus propios hermanos de hábito le acusaban de decir la verdad «sólo por descuido», y hasta de no creer que Cristo hubiera llegado a este mundo. En la «Explanación del salmo 26» nos manifiesta su estado de ánimo hacia los calumniadores: «Con todo, no deseo vengarme de ellos, los lazos que me tendieron sólo trato de romper. Siempre los tuve antes por dignos de misericordia que de odio; y a ellos, los que me hicieron la injuria, más míseros juzgo que yo, a quien toca sostener la injuria que me infirieron. Por mí que vivan felices y satisfechos, que yo no les voy a la mano; que a mí, libre ya de sus calumnias, me sea lícito retener íntegra la fe que pura conservé hacia Ti, y la buena estimación de esa fe entre los hombres. Esto es lo que sinceramente te pido y suplicante» (Fray Luis de León, c, p. 903). El Tribunal del Santo Oficio le declara inocente en diciembre del 1576. La ciudad entera le recibe «con atabales,





trompetas y gran acompañamiento de caballeros, Doctores y Maestros». «No quedó persona ni en la Universidad ni en la ciudad, que no le saliese a recibir» (Méndez, F.P. vol. I (1881), p. 338). En 1577 le vemos reiniciar sus clases, según la tradición, con la frase «Decíamos ayer», la misma con la que comenzaba siempre, tratando de refrescar en los alumnos la materia dada el día anterior. Ello no significa que pasara, sin más, la página de los casi cinco años encerrado en los calabozos de la Inquisición. Además de poner todo su tesón en acometer la versión y comentario al *Libro de Job* y escribir el comentario al Salmo XVI, por su alma desfilaban sentimientos de paz entremezclados con el dolor y el desasosiego propios de la separación de los suyos. En la negrura y espesor del sufrimiento supo encontrar —nos dice—, la alegría de la serenidad, y experimentar, de manera increíblemente inmensa, el poder de la bondad de Dios que le inundaba (Fray Luis de León, 1891, t. I, p. 112). Pero también aparece el deseo, en cierto modo angustiado, de volver con los suyos. Dice en julio del 1575: «Suplico a vuestras mercedes y les requiero con el temor de Dios y con la cuenta estrecha que le han de dar, que sean servidos de dar fin a esta mi carcelería y dejarme siquiera la muerte libre y entre mis frailes» (Fray Luis de León, 1991, p. 391). La liberación le llegará un año más tarde.

Una vez en libertad, renuncia a su cátedra de Durando en favor del profesor que le había sustituido. Enseña en la cátedra de Teología, y al año siguiente

—1578—, gana las oposiciones a la cátedra de Filosofía Moral y enseña la ética de Aristóteles. Un año más tarde —1579—, oposita y gana la cátedra de Biblia o Sagrada Escritura, y explica el Antiguo y Nuevo testamento. En ella permanecerá hasta el año 1589, en el que pide excendencia por dos años. En 1583 publica la primera parte de *De los nombres de Cristo*, que será su gran obra. Tendrá una segunda edición en el 1586 y una tercera en 1587. Muere el día 23 de Agosto del 1591, el mismo año en el que fue elegido Provincial de la Provincia Agustiniiana de Castilla.

Como ya se puede entrever, Fray Luis fue un personaje polifacético. No solamente es el catedrático que consigue reunir y fascinar en sus aulas a más —como dice él mismo—, de trescientos alumnos (Fray Luis de León, 1991, p. 300), en una ciudad de 16.000 habitantes y de casi 7.000 estudiantes, sino que es el filósofo, el teólogo y el biblista, el asceta, el místico, el orador ardiente y elocuente, el poeta y literato (Miguel de Cervantes, 2001, p. 112).

II. El emblema y el molesto lema de Fray Luis de León: «Ab ipso ferro»

Las dificultades diversas, los desencuentros y las mentiras, los egoísmos y los intereses que fue experimentando en su vida hasta costarle la prisión, le hizo comprender vivencialmente la consigna evangélica: al árbol se le poda para que de más fruto. Es el lema que eligió para sí mismo: 'Ab ipso ferro' y que se encuentra en el bello emblema ovalado impreso en sus libros. Lo emplea, por vez primera, en 1580 en la primera edición del comentario latino «In Cantica Cantorum», lo cual fue considerado como un

Señales de la vivencia mística en Fray Luis de León

desacato al Santo Oficio y así se le hizo saber a la Inquisición de Madrid (Aubrey F.G. Bell, 1923, p. 194, núm. III). En el emblema de Fray Luis de León el hacha, reclinaba sobre el tronco del árbol, es símbolo de más vida: el mismo hierro que lo recorta, lo vigoriza. A ello aduce el lema «*Ab ipso ferro*» que rodea el escudo y que toma de la Oda IV del poeta italiano.



«*Bien como la ñudosa carrasca en alto monte desmochada con hacha poderosa, que de ese mismo hierro (Ab ipso ferro) que es cortada, cobra vigor y fuerzas renovada*» (Fray Luis de León, d, 1991, p. 177).

El comentario de Fray Luis en el capítulo 8 de la *Exposición del libro de Job*, es de gran belleza: «(...) compara lo generoso de la virtud que, enflaquecida de cien maneras, nunca se rinde, a una carrasca dura entre peñas nacida, que cuanto más la desmochan y cortan, tanto con más fuerza se repara y renueva (...). Porque es así que, como el hierro limpia al árbol de las ramas viejas e inútiles que le gastaban el jugo sin fruto, y deja libre la raíz para que le emplee en otros ramos nuevos de más hermosura y provecho, así la firmeza de la virtud no se ofende de que la dureza de la adversidad le cercene lo que está fuera della y no le sirve sino de distraerla y de ponerla en peligro; antes se alegra con este daño y se esfuerza más y descubre sus bienes; porque lo bien plantado no teme estos casos» (Fray Luis de León, d, 1991, p. 177).

Lo encontramos, de nuevo, en una poesía que dedica a Felipe Ruiz:

«*Bien como la ñudosa carrasca, en alto risco desmochada con hacha poderosa, del ser despedazada del hierro, torna roca y esforzada*» (Fray Luis de León, f, 1991, p. 768).

Al emblema se le podrán buscar todos los sentidos que permita el conocimiento de la imagen del árbol y del hacha en la cultura clásica o en la cultura bíblica y que posiblemente estén latentes en el emblema y en el lema. Lo que sí es cierto es que Fray Luis expone, en el libro de Job 8, 20, la interpretación del emblema y del lema y es a ella a la que nos atenemos. En resumen dice lo siguiente:

- Que él es un árbol bien plantado.
- Que, como tal, florece y da fruto y resiste a lo adverso.
- Que cuanto más se le desmocha se repara con más fuerza y se renueva.
- Y que la verdadera virtud nunca se rinde.

Sin duda, Fray Luis, al ser encarcelado, se sentía podado, como la carrasca, con poderosa hacha. Pero también, como la carrasca, saldría de ella con vigor y fuerza renovada. Era una clara observación que hace a sus calumniadores y detractores. No es, pues, un «grito de guerra». No obedece, por parte de Fray Luis, a una actitud belicosa y desafiante, sino a un reconocimiento del bien, a pesar de todo, que le han hecho, sobre todo, a su vida espiritual y a su vida mística. Lo dice expresamente en la Dedicatoria de Los Nombres de Cristo: «*con las manos de los que me pretendían dañar (el Señor) ha sacado mi bien*» (Fray Luis de León, e, 1991, p. 408). Es, pues, un «aviso» para advertir a sus enemigos que el final no es como ellos han pensado. Si el emblema y lema tiene algo de desafío es su convicción de que las cosas no van a salir como ellos las piensan; o, como

dice en la oda a Felipe Ruiz, el desafío es la seguridad de que «*jamás me alcanzará tu corta mano*». Es, pues, un aviso, no para vengarse de sus enemigos, sino para advertirles que, cuando ellos piensan hacerle mal, le están haciendo bien, porque es un árbol bien plantado. Y cuando las aguas están ya calmadas, se lo vuelve a recordar, para decirles que no se equivocó, porque el mismo Dios ha dicho que poda para que se de más fruto. El emblema es, por lo tanto, la manifestación del carácter férreo de Fray Luis ante la adversidad, de su personalidad indestructible ante la calumnia y la mentira, y de la confianza en su valía cuando se ve asistida por la gracia del Señor. Evidentemente, los lectores saben de qué va, y cuando abren uno de sus libros se sienten, con el poder de la inmediatez de una imagen, interpelados e invitados a la reflexión, y pueden sentir indignación ante la injusticia, o alegría ante la clara referencia a determinado poder. El emblema no admite dudas. Y los aludidos pueden sentirse ofendidos como así fue, pero con su sentimiento de ofensa pueden pretender encubrir su mala conciencia. El emblema es, sin duda, manifestación del carácter y de la personalidad de Fray Luis (Fullon, J. M., 2003, p. 11).

Con todo, no se puede negar que, de algún modo, está mostrando las armas a sus enemigos. Es un tema que, de suyo, oscurece el lado místico de Fray Luis de León. Contribuye igualmente a ello la descripción que se hace de Fray Luis de León como 'poco o nada risueño'. Así lo describe Francisco Pacheco en su *Libro de descripción de verdaderos retratos*, Sevilla 1599: «En lo natural, fue pequeño de cuerpo, en debida proporción; en la cabeza, bien formada; trigueño el color; los ojos, verdes, vivos. En lo moral, con especial don de silencioso; el hombre más callado que se ha conocido, si bien de singular agudeza en sus

dichos...; abstinentes y templado en la comida, bebida y sueño...; poco o nada risueño». Y el P. Luciano Rubio, en su artículo *El temperamento 'melancólico' de Fray Luis de León y sus actuaciones prácticas*, publicado en 'La Ciudad de Dios' 204 (1991), 947-965, nos dice que tenía un temperamento melancólico, que le llevaba a desconfiar, incluso de los amigos, a ver los defectos ajenos y ocultar los propios, a no poner freno a sus palabras y decir todo lo que le viene a la mente y conseguir lo que quiere. Su temperamento le llevó a sospechar de su amigo Arias Montano y a denunciarle a la Inquisición. Su temperamento le jugó otras malas pasadas; ello hace comprensible lo que le dice Fray Lorenzo de Villavicencio, doctorado en la Universidad de Lovaina y a quien Felipe II envió a Flandes para combatir la penetración del protestantismo, trabajando en esta tarea con Arias Montano. En una carta con fecha del 15 de febrero de 1582, advierte a Fray Luis de León que «deje las cosas de la Orden... trate de su Cátedra... No llame tirano a nadie y sepa V. Paternidad que públicamente dicen muchos religiosos que V. Paternidad no hizo bien a nadie y disgustos sí a muchos...» Todo esto proyecta, sin querer, una cierta pálida sombra sobre su misticismo.

III. Las señales de la vivencia mística

La pregunta es obligada. ¿Tuvo, realmente, Fray Luis de León un encuentro vivencial con Dios a partir del cual brote, como de una fuente rica, abundante e inagotable, su poesía y su prosa? ¿Deja entrever su obra ese momento único, privilegiado e inolvidable de secuestro divino que proporciona la libertad portentosa propia de la verdad 'vista'? Trevor Davies, de la Universidad de Oxford, en su obra *El siglo de oro español*, menciona

a Fray Luis de León entre «los más grandes místicos españoles», al lado de Santa Teresa y San Juan de la Cruz (Trevor Davies, R., 1944, p. 292). Sin embargo, el debate viene ya de lejos. Para hacerse una idea rápida y precisa del debate puede verse el artículo de A. Márquez, *De mística lusitana: ser o no ser*, en V. García de la Concha y J. San José Lera (eds.), *Fray Luis de León. Historia, Humanismo y Letras* 1996, pp. 287-298. Y efectivamente hay una serie de textos que parecen hablar en contra de tal vivencia. Los vamos a considerar a continuación.

3.1. Los textos de la duda

Tenemos, por una parte, el testimonio del mismo Fray Luis de León que, una y otra vez, reconoce que él no ha tenido esa experiencia. Nos lo dice cuando habla del desasimiento generoso, holgado y dulce que produce dicho encuentro. Dice así:

«Y a la verdad, Juliano, de las señales que podemos tener de grandeza de estos deleites, los que deseamos conocerlos y no merecemos tener su experiencia, una de las más señaladas y ciertas es el de ver los efectos y las obras maravillosas y fuera de toda orden común que hacen en aquellos que experimentan su gusto (...). Por manera que la grandeza no medida de este dulzor, y la violencia dulce con que enajena y roba para sí toda el alma, fue quien sacó a la soledad a los hombres, y los apartó de cuasi todo aquello que es necesario al vivir. Y fue quien los mantuvo con hierbas...» (Fray Luis de León, b, 1991, p. 668).

Lo confiesa, incluso, con lamento, con pena y dolor no disponer de la fruición que experimentan los que han tenido la poderosa vivencia de Dios. No se trata, naturalmente, de la fruición espiritual,

sino de conocer el vértigo del abismo divino adentrándose en él. El mundo de Dios es amor y sólo el amor humano lo tenemos como referencia para imaginar, recurriendo a la analogía, lo que se esconde detrás de las *«corporeorum amorum imaginibus»*, detrás de las imágenes que hablan de los amores del cuerpo. Evidentemente, lo que hay detrás no se descubre asistiendo a cursos o a conferencias. Eso no lo enseñan los doctores. Lo enseña la vivencia de Dios. Desafortunadamente, —dice Fray Luis—, «yo no pertenezco al número de ellos, lo reconozco y lo lamento» —*«et fateor et doleo»* (Fray Luis de León, 1892, p. 39).

Y como Dios es inefable, el encuentro experiencial con Él es, igualmente, inefable, de manera que si alguien podría decir algo, serían aquellos que lo han experimentado. Pero ni siquiera éstos han conseguido expresar lo que sienten en el éxtasis y en el arrobamiento, pues una mente finita no puede decir algo del Infinito. Al menos, hasta ahora, no lo ha conseguido nadie. Todos se han quedado 'balbuciendo' el Infinito. Por ello —dice Fray Luis— «sería inútil y hasta impío si yo quisiera explicarlo» —*«inepte, atque adeo impie facerem, explicare si vellem»*—. Lo tienen que explicar los que lo han experimentado: *«ipsi explicant, qui perceperunt»*. Fray Luis de León no está entre estos que lo han experimentado» (Fray Luis de León, 1892, pp. 291-292).

Si atendemos a estas manifestaciones que hace el mismo Fray Luis se podría concluir que no tuvo el privilegio de la vivencia mística. Dada, sin embargo, su inteligencia prodigiosa, su sensibilidad para descubrir la belleza en las cosas y su sintonía anímica con el fondo del universo, está en condiciones para describir, desde una sensibilidad mental, fenómenos místicos ya que guardan analogía con la percepción del misterio inconmensurable que envuelve la

existencia. Según esto, su poesía, en verso y en prosa, rezuma sensibilidad mística, pero se quedan sólo en pura sensibilidad de una mente acostumbrada a asombrarse ante lo misterioso y la belleza de la vida. La descripción guiada por la nostalgia de Dios, se puede parecer mucho a la descripción de la vivencia auténtica y genuina de Dios.

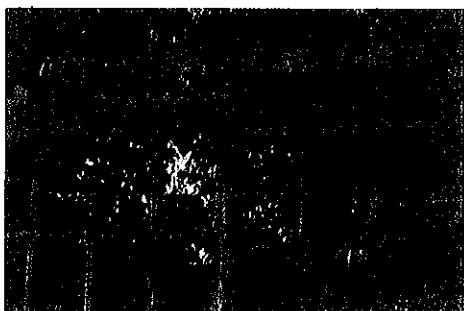
Se podría decir que de aquellas manifestaciones de Fray Luis hemos sacado una conclusión precipitada, pues también San Juan de la Cruz afirma, en alguna ocasión, no haber tenido tales experiencias. Dice así:

«Lugar era este conveniente para tratar de las diferencias de raptos y éxtasis y otros arrobamientos y sutiles vuelos de espíritu, que a los espirituales suelen acaecer. Mas porque mi intento no es sino declarar brevemente estas Canciones, como en el prólogo prometí, quedarse han para quien mejor lo sepa tratar que yo» (San Juan de la Cruz, 1966, p. 643).

Nadie pone en discusión la vivencia mística de San Juan de la Cruz. Sus palabras sólo se pueden entender desde la humildad inherente a la profundidad de la vivencia habida. La experiencia de Dios no solamente corta, de momento y durante días, la palabra, sino que invita al recato y a evitar cualquier atisbo de vanagloria, pues estaría abiertamente en contradicción con la experiencia abismal de Dios que lleva a la modestia. Por la misma razón se podría afirmar que las manifestaciones de Fray Luis obedecen a esta misma lógica de la modestia y del pudor. Evidentemente no lo ponemos en duda. Pero hay otro pasaje autobiográfico que ofrece su dificultad a la hora de afirmar que Fray Luis de León es, en sentido propio, un místico. Se podría ver en el texto que vamos a citar el orgullo de Fray Luis, o a

una persona incapaz de pasar página a su pasado, recordando constantemente a los enemigos la envidia que les llevó al odio y a la calumnia, y él mostrándose, con vana ostentación, por encima de todos. Parece, a primera vista, el lenguaje, más bien, de un hombre belicoso y batallador con las garras siempre afiladas, pero no el lenguaje de un místico. El texto comenta el versículo del cantar de los Cantares que pregunta: *«Quae est ista, quae ascendit sicut virgula fumi?»*: Quién es esta que sube como columna de humo? Y una página más allá se pregunta, no sin asombro del lector: *«Quis est iste, qui ascendit de deserto sicut virgula fumi?»*: ¿Quién es este que sube del desierto como columna de humo? Fray Luis de León se ha puesto a sí mismo como protagonista para hablar de su dolido pasado y de su presente. Y continúa: *«¿Quién es éste, — pregunto aquí —, que vagando por las calles de la ciudad desorientado y errabundo, de golpe se le ve alegre y feliz? ¿Quién consiguió liberarse de tantos males que le estaban ahogando? ¿Quién superó con su fortaleza de ánimo a todos sus enemigos juntos y las traiciones impías de los suyos? ¿Quién se liberó de los lazos de las calumnias que le tenían maniatado? ¿Quién consiguió no verse afectado por la podredumbre de la cárcel ni quedar roto por la persistencia larga de los males? ¿Quién es éste que recibiendo las flechas lanzadas contra su cuerpo indefenso, las repelió actuando con sencillez y aguantando con tenacidad de ánimo hasta que Dios aniquiló todos los ataques de los enemigos y de los tribunales e hizo que la osadía insidiosa cediese ante la paciencia y la maldad ante la inocencia?»* (Fray Luis de León, 1892, pp. 200 y 2002).

Nuevamente Fray Luis arremete contra la envidia y maldad de sus enemigos que le encerraron en los calabozos de



la Inquisición. Aquella experiencia fue amarga sobremanera y parece, por lo inesperado e imprevisto del contexto en el que lo hace, que hay cierta amargura en su ánimo que no consigue superar. Una vez más, no parece que estemos ante un místico. El molesto «ab ipso ferro» está latiendo ahí. Pero traigamos otro texto que nos puede ayudar a comprender la actitud de Fray Luis. Es un texto semejante al anterior, pero de mayor altura y exquisitez poética. Lo encontramos en *De los Nombres de Cristo*. La escena transcurre en La Flecha, la finca agustiniana de retiro y sosiego que se encontraba a siete kilómetros de Salamanca, a orillas del río Tormes y que todavía hoy es visitado el lugar por poetas e intelectuales. En la época de Fray Luis de León disponía de 110 diez pies de árboles frutales, nogales, álamos blancos, sauces, parras, una fuente llamada de la Teja. A ella se retiraba Fray Luis «como a sabroso puerto de paz y después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que en la Universidad de Salamanca se vive». Allí compuso poesías como «Que descansada vida», «Cuando la Noche oscura», «Del monte en la ladera», «En las ramas frondosas», etc, y la escena que ponemos a continuación (Fr. Juan Gil Prieto, 2(1928), pp. 466-481 y 471-474).

El bello texto relata la persecución que dos negros cuervos hacen a una aveci-
lla:

«En la orilla contraria de donde Marcelo y sus compañeros estaban, en un árbol que en ella había, estuvo asentada una aveciella de plumas y de figura particular, casi todo el tiempo que Juliano decía, como oyéndole, y a veces como respondiéndole con su canto; y esto con tanta suavidad y armonía que Marcelo y los demás habían puesto en ella los ojos y los oídos. Pues al punto que Juliano acabó, y Marcelo respondió lo que he referido, y Sabino le quería replicar, sintieron ruido hacia aquella parte; y, volviéndose, vieron lo que hacían dos grandes cuervos que, revolando sobre la ave que he dicho y cercándola al derredor, procuraban hacerle daño con las uñas y con los picos. Ella, al principio, se defendía con las ramas del árbol, encubriéndose entre las más espesas. Mas creciendo la porfía, y apretándola siempre más a doqueira que iba, forzada, se dejó caer en el agua, gritando y como pidiendo favor. Los cuervos acudieron también al agua, y volando sobre la haz del río la perseguían malamente hasta que, a la fin, el ave se sumió en el agua, sin dejar rastro de sí. Aquí Sabino alzó la voz, y con un grito dijo: ¡Oh, la pobre, cómo se nos ahogó!—. Y así lo creyeron sus compañeros, de que mucho se lastimaron. Los enemigos, como victoriosos, se fueron alegres luego. Mas como hubiese pasado un espacio de tiempo, y Juliano con alguna risa consolase a Sabino, que maldecía los cuervos, y no podía perder la lástima **de su pájara**, que así la llamaba, de improviso, a la parte adonde Marcelo estaba, y casi junto a sus pies, la vieron sacar del agua la cabeza, y luego salir del arroyo a la orilla, toda fatigada y mojada. Como salió, se puso sobre una rama baja que estaba allí junto,



adonde extendió sus alas, y las sacudió del agua; y después, batien-
do con presteza, comenzó a levan-
tarse por el aire cantando con una
dulzura nueva. Al canto, como llama-
das otras muchas aves de su linaje,
acudieron a ella de diferentes par-
tes del soto. Cercábanla, y, como
dándole el parabien, le volaban al
derredor. Y luego, juntas todas, y
como en señal de triunfo, rodearon
tres o cuatro veces el aire con vuel-
tas alegres; después se levantaron
en alto poco a poco, hasta que se
perdieron de vista» (Fray Luis de León,
g, 1991, pp. 742-743).

Los textos reflejan la vida de Fray Luis, una vida acosada, perseguida, de hondo sufrimiento hasta el debilita-
miento, la enfermedad y la proximidad a la muerte. Se podría pensar, deseo-
sos de ver a Fray Luis como místico, que, sobre ese fondo, y alejándose de él, emerge su estado anímico de gran nobleza y lealtad. Parecería que es la grandeza del 'Mahatma', del que tiene un alma grande que lo ha superado todo y comienza a cantar «con dulzura nueva». Y que no lo hace para can-
tar su propio mérito y presentar sus propios laureles y condecoraciones, sino para cantar la gracia, el amor y la mi-
sericordia del Señor que le ha dado el privilegio de sentir más de cerca el calor del rostro del Señor, testimoniando y confirmando con su vida el sentido del lema del escudo: «con las manos de los que me pretendían dañar (el Señor) ha sacado mi bien». Se podría ver un canto emocionado de acción de gracias que brota, por el milagro de la gracia misteriosa, del sabor a ceniza del sufrimiento; que no recuerda el pasado para herir a otros; que recuer-
da, sencillamente, para animar a todos a trascender su situación perso-
nal hacia la claridad y la luz que sólo puede venir de Dios. En definitiva, se

podría decir que Fray Luis de León lo que quiere reflejar es que ha cambia-
do su modo de ver la vida y la acción de Dios en la propia historia de su vida. Y que lo grandioso y lo sublime, es ex-
perimentar la acción de Dios en lo más inverosímil de la vida, describiéndolo con toda perfección: «Con falsas incriminaciones de otros castigas en mí pe-
cados ciertos, y cuando consientes que yo sea insimulado de crimen que nunca cometí, las penas me exiges por los pecados a que di acogimiento» (Fray Luis de León, c, 1991, p. 902). Se podría ver así. Y, sin embargo, en sus textos se trasluce una amargura no su-
ficientemente acallada, que parecen convertir sus textos en señales de la posible vivencia más que de la certeza de la misma. Es cierto que en el escrito conocido como la «Protestación» solamente se acusa a sí mismo como si fuera el único culpable, se recono-
ce como «un hombre sin ley» que merece «muchos infiernos», aunque su confianza está puesta en el amor al Señor (Fray Luis de León, h, 1991, p. 966). Pero también hay que tener en cuenta que la escribe en los primeros días de su confinamiento en la cárcel y que también en los primeros años de cárcel habla de sus calumniadores con cierto enconamiento y también en su obra madura Los Nombres de Cristo donde dice «No me parece que debo perder la ocasión de este ocio, en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto» (Fray Luis de León, f, 1991, p. 408). Todo parece, pues, que nos encontramos ante meros índices de vivencia mística. También aquí continúa latiendo el molesto «ab ipso ferro».

3.2. La sintonía con el pensar y sentir de Santa Teresa de Ávila como señal de la vivencia mística de Fray Luis de León



Señales de la vivencia mística en Fray Luis de León

Hay en Fray Luis de León una poderosa sintonía, que va más allá de la pura simpatía, con el pensamiento y la sensibilidad religiosa de Santa Teresa de Ávila (Gustavo Vallejo, P. 1959, pp. 175-253). Ello nos ofrece una pista o señal de la vivencia mística de Fray Luis de León ya que 'sintonizar' supone estar emitiendo en la misma onda desde la mente y el corazón. Aunque contemporáneos, no se conocieron personalmente. Lo afirma, de golpe, en una Carta con la que dedica a la Madre Ana de Jesús, carmelita descalza, la sucesora y confidente de Santa Teresa de Ávila, la obra «Exposición del libro de Job». La Madre Ana de Jesús fue una religiosa excepcional, pues también San Juan de la Cruz publica, en 1586, su *Comentario al Cántico Espiritual*, y se lo dedica a ella (San Juan de la Cruz, 1966, p. 549).

Fray Luis, en su Carta-Dedicatoria, comienza bruscamente: «Yo no conocí ni vi a la Madre Teresa de Jesús mientras estubo en la tierra» (Fray Luis de León, i, 1991, p. 904). Y, sin embargo, cada vez que releía sus escritos sentía admiración renovada porque veía con toda claridad que era el Espíritu Santo quien dirigía la pluma y la mano de Teresa. Esa era la única manera que tenía para poder explicar «el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee» (Fray Luis de León, i, 1991, pp. 907-908). Sin duda, Fray Luis entendía muy bien de ese 'fuego' porque sintonizaba íntimamente con los sentimientos y vivencias de Teresa. ¿No significa esto que también él estaba en la órbita de la vivencia de lo divino? Aunque débil, es, ciertamente, una señal. Ni la vio ni la conoció, pero la reconoció en su propia alma y luchó por el idea de Teresa con todo su corazón apasionado por Dios. Por azares de la vida se vio envuelto en todo el proceso de renovación que había inaugurado la Madre Teresa. Se encontró de golpe en medio de fuerzas contrarias y conflicti-

vas respecto del modo de entender la reforma carmelitana en algunos aspectos. La Madre Ana de Jesús recurre a Fray Luis de León quien, gracias a su sensibilidad espiritual para comprender el espíritu de Santa Teresa, lucha por la causa, la hace suya, saca adelante el proyecto, incluso, jugándose, una vez más, el tipo al desoír las amonestaciones del Rey Felipe II. No sorprende, pues, que la Madre Ana de Jesús diga en carta dirigida a una priora carmelita descalza: «me ayude siempre con sus oraciones, las ofrezca muchas veces por el Padre Maestro Fray Luis de León, que se lo debemos todas; yo más que persona otra en la tierra». Y la Madre Ana dio también la clave de la pasión puesta en esta batalla: Fray Luis de León es «es muy santo» y «tiene mucho caudal de Dios» (Manrique, A., 1632, V, III, p. 328).

La figura de Teresa era controvertida y no eran pocos los que estaban dispuestos a ver deformaciones religiosas en sus escritos. Dice Fray Luis: «Se dudó de la virtud de la Santa, y hubo gentes que pensaron al revés de lo que era» (Fray Luis de León, i, 1991, p. 910). Por otra parte, se vive en una época en la que la mujer debe dedicarse a las labores de la casa, a los niños o a la iglesia, lo que no puede es dedicarse a enseñar o a enseñar escribiendo. Este ambiente cultural hace que la sorpresa de Fray Luis cuando lee a Teresa sea aún mayor e insólita. Lo dice con gusto y fruición en la Carta-Dedicatoria: «Porque no siendo de las mujeres el enseñar sino el ser enseñadas, como lo escribe San Pablo, luego se ve que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa, que emprendiese una cosa tan grande; y tan sabia y eficaz, que saliese con ella y robase los corazones que trataba, para hacerlos de Dios, y llevase a las gentes en pos de sí a todo lo que aborrece el sentido» (Fray Luis de León, i, 1991, p. 905).

Aunque no la vio ni la conoció, sin embargo, la virtud y la santidad de Teresa aparecen con toda claridad «viendo sus libros y las obras de sus manos, que son sus hijas» (Fray Luis de León, i, 1991, pp. 904-905). Fray Luis de León insistirá una y otra vez que «aunque ellos no quieran, fue santa y muy santa» (Fray Luis de León, j, 1991, p. 919).

Pero la vida le tenía preparado una mayor profundización en el alma de Santa Teresa. El Consejo Real, muy pendiente de salvaguardar la pureza de la fe católica, designa a Fray Luis para que elabore un juicio de censura de los escritos teresianos y publique las obras. Su opinión acerca de las obras de Santa Teresa lo hace en pocas líneas, pero con gran precisión, sorprendida admiración y entusiasmo. Dice así: «He visto los libros que compuso la madre Teresa de Jesús, que intitulan de su **Vida y las Moradas y Camino de perfección** con los demás que se juntan con ellos: que son de muy sana y católica doctrina y, a mi parecer, de grandísima utilidad para todos los que los leyeren. Porque enseñan cuán posible es tener estrecha amistad el hombre con Dios, y descubren los pasos por donde se sube a este bien, y avisan de los peligros y engaños que puede haber en este camino. Y todo ello con tanta facilidad y dulzura por una parte, y por otra con palabras tan vivas, que ninguno los leerá que, si es espiritual, no halle grande provecho: y, si no lo es, no desee serlo y se anime para ello, o, lo menos, no admire la piedad de Dios con los hombres que le buscan, y cuán presto le hallan, y el trato dulce que con ellos tiene. Y así, para loor de Dios y para el provecho común, conviene que estos libros se impriman y se publiquen.— En San Felipe de Madrid, a ocho de septiembre de 1587.— Fray Luis de León» (Santa Teresa de Jesús, 1915, p. 465).

Pero Fray Luis hace mucho más. Expurga el texto de comentarios, tachaduras y añadidos hechos por amanuenses y escribanos, para recuperar el texto en su limpieza original. Esto le dio mucho trabajo. Dice así: «Los cuales libros, que salen a la luz, y el Consejo Real me los cometi6 que los viese, puedo yo con derecho enderezarlos (dedicarlos) a ese santo convento, como del hecho lo hago, **por el trabajo que he puesto en ellos, que no ha sido pequeño**. Porque no solamente he trabajado en verlos y examinarlos, que es lo que el Consejo mand6, sino también en cotejarlos con los originales mismos, que estuvieron en mi poder muchos días, y en reducirlos a su propia pureza, en la misma manera que los dejó escritos de su mano la Madre, sin mudarlos ni en palabras ni en cosas, de que se habían apartado mucho los traslados que andaban, o por descuido de los escribientes o por atrevimiento y error. Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho, en quien Dios vivía y que se presume le movía a escribirlas, fue atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras, porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia» (Fray Luis de León, i, 1991, p. 909).

Y terminará satisfecho su trabajo porque «yo los he restituido a su primera pureza».

Inmerso en sus escritos de Santa Teresa, se va quedando cogido por su espíritu hasta reconocer que Teresa es «el nuevo milagro» de Dios (Fray Luis de León, i, 1991, p. 909). Las religiosas, que ella fundó, son un milagro, y también sus escritos son un milagro. Fray Luis lo expresa con venerada y sobrecogida admiración:

«En los cuales (libros), sin ninguna duda, quiso el Espíritu Santo que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarí-

Señales de la vivencia mística en Fray Luis de León

simo. Porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchísimos ingenios, y en la forma de decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que la regía la pluma y la mano; que así lo manifiesta la luz, que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee» (Ibíd. p. 907-908).

La fuerza de su palabra escrita produce, incluso, el milagro, que sin estar hablando de Dios «dejan enamoradas de Él a las almas» (Ibíd. p. 908).

Posiblemente fué esto lo que el mismo Fray Luis experimentó y vivió leyendo sus obras.

Dice así:

«Dejados aparte otros muchos y grandes progresos, que hallan los que leen estos libros, dos son, a mi parecer, los que con más eficacia hacen. Uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud, y otro, encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque, en lo uno, es cosa maravillosa ver cómo ponen a Dios delante los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras, pegan al alma fuego del cielo, que la abrasa y deshace. Y quitándole de los ojos y del sen-

tido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime ni precie, déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y, si se puede decir así, tan ansiosa del bien, que vuela luego a Él con el deseo que hierve. Que el amor grande, que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por doquiera que pasan» (Fray Luis de León, i, 1991, p. 908).

Fray Luis de León, deslumbrado por San Teresa, comenzó a escribir su vida. Lamentablemente, sólo le dio tiempo a escribir algunas páginas (Fray Luis de León, k, 1991, pp. 921-941). Pero lo suficiente para dejar 'entrevir', 'insinuar' o hacer pensar en la posibilidad de su vivencia mística. Es cierto que para describir ciertos momentos de la vida de Teresa bastaría la prodigiosa inteligencia y la palabra fácil y sentida que tenía Fray Luis. Pero está la sospecha razonable de que detrás de esa inteligencia está —por usar una expresión de San Juan de la Cruz—, el «amor de abundante inteligencia mística» (San Juan de la Cruz, 1966, p. 510). Traemos aquí algunos textos que nos ponen en la pista de la posible vivencia mística. Escribe así Fray Luis de León hablando de Santa Teresa:

«La comenzó a hablar (Dios) muy tiernamente en el alma, que es un lenguaje secreto de que Dios usa con los que tiene por suyos, y unas palabras que no se oyen con los oídos, mas percíbense en el espíritu tan formadas y distintas y claras, que no puede dudar de ellas ni olvidarlas en muchos días» (Fray Luis de León, k, 1991, p. 933).

En otro lugar de la misma obra, describe así la escena:

«Porque un día de San Pedro, estando (La Santa) en oración, sintió cabe sí a Nuestro Señor Jesucristo, no porque le viese con los ojos temporales ni menos con visión imaginaria, sino porque él mismo le hacía entender que estaba allí sin mostrársele; y esto era tan cierto que no le dejaba duda de ello ninguna. (Pasa esto en lo muy interior y es negocio muy intelectual, y por la misma razón negocio de menos sospecha y engaño, y hácese con mucha luz espiritual, que recoge al interior al alma y la infunde aquella noticia y se la imprime sin medio de figuras ni de sentidos» (Ibíd., p. 935).

Y también en los Nombres de Cristo, cuando compara a Dios con el sol y describe sus efectos en el alma que lo experimenta, parece que está describiendo una vivencia, en la que Dios estando cerca, está lejos; siendo inmanente es trascendente y no le vemos por la excesiva cercanía:

«Y así como el sol de suyo se nos viene a los ojos, y cuanto de su parte es, nunca se esconde porque es él la luz y la manifestación de todo lo que se manifiesta y se ve, así Dios siempre se nos pone delante, y se nos entra por nuestras puertas, si nosotros no le cerramos la puerta, y lanza rayos de claridad por cualquiera resquicio que halle, Y como al sol justamente le vemos y no le podemos mirar vémosle porque en todas las cosas que vemos miramos su luz; no le podemos mirar, porque si ponemos en él los ojos, los encandila, así de Dios podemos decir que es claro y oscuro, oculto y manifiesto. Porque a Él en sí no le vemos, y si alzamos el entendimiento a mirarle, nos ciega; y vémosle en todas las cosas que hace, porque en todas ellas resplandece su luz. Y —porque quiero llegar esta comparación

a su fin— así como el sol parece una fuente que mana y que lanza claridad de continuo, con tanta priesa y agonía que parece que no se da a manos, así Dios, infinita Bondad, está siempre como bulliendo por hacernos bien, y enviando como a borbotones bienes de sí sin parar ni cesar» (Fray Luis de León, g, 1991, p. 708).

En la Apología que hace Fray Luis de Santa Teresa nos define lo que es la oración de unión con la precisión de quien la hubiere experimentado. Dice: «Oración de unión es una suspensión del alma en Dios, que acaece cuando estando uno orando y discurriendo con el entendimiento, Dios, aplicando su luz, y su fuerza, le allega a Sí y le suspende el discurrir del entendimiento, y le enciende la voluntad con un amor unitivo» (Fray Luis de León, j, 1991, p. 915).

La pregunta ya la hemos hecho y la volvemos a hacer. ¿Estamos en presencia de una 'abundante inteligencia' espiritual o nos encontramos ante la 'abundante inteligencia mística', la cual sólo puede proceder de una vivencia de Dios? Las dudas son grandes, pero no consiguen eliminar radicalmente la posibilidad de dicha vivencia.

3.3. Señales de la vivencia mística en la descripción del nombre de Jesucristo «El Esposo», de la obra Los Nombres de Cristo

Además de determinadas poesías, se suelen considerar como obras místicas de Fray Luis de León:

Cantar de los Cantares de Salomón, 1561, traducido para su prima Isabel Osorio. Ella lo leyó y lo devolvió, pero un monje hizo copia que se divulgó rápidamente contra su voluntad.

Exposición del libro de Job: que tuvo una larga elaboración. En 1573 ya te-

nía, en la cárcel, traducidos y comentados los veinte primeros capítulos. Contiene muchos datos biográficos. Dice, por ejemplo: «Mucho duele en la adversidad, faltar los amigos, mas no duele menos ver también lo que los enemigos se gozan» (Fray Luis de León, d, 1991, p. 325). El último capítulo, el 42, lo acaba en marzo del 1591.

Comentario latino al Cantar de los Cantares: 1580.

Los Nombres de Cristo. «La obra más perfecta y acabada de Fr. Luis de León y quizá de toda la literatura española, sin hacer concesiones fáciles a la hipérbole» (Félix García, P., 1991, p. 359). Es un diálogo que tiene lugar entre tres amigos: Marcelo, Juliano y Sabino, en la finca agustiniana La Flecha. Su elaboración es larga. La inicia en la cárcel y la primera parte ve la luz en 1583. Se la considera como la obra mística por excelencia de Fray Luis. Nosotros no vamos a hacer una exposición detallada de toda ella, pero sí fijamos en la descripción del nombre 'Esposo', que para muchos es la expresión más clara de su vivencia mística. Siempre el amor humano ha servido para hablar de Dios y del amor divino, y sobre todo, para describir la unión íntima con Dios.

Cristo es el centro de la reflexión y contemplación de Fray Luis de León. Considera a Cristo como el Esposo de la Iglesia y de cada una de las almas justas (Fray Luis de León, b, 1991, p. 648). Es un verdadero desposorio en el que el nudo que les une es tan estrecho que «dos diferentes se reducen en uno» (p. 648). Es el «lazo más apretado» y de esta unión brota el deleite más apacible y el amor «más ardiente y encendido de todos» (p. 648-649). Si comparamos la unión de Cristo, el Esposo, y el alma con la unión del matrimonio humano, éste es «frialidad y tibieza pura» porque Cristo tras-

pasa con su mismo espíritu el alma, de aquí que «el que se ayunta a Dios, hácese un mismo espíritu con Dios». Y llega a hacerse un mismo cuerpo con Él «por una tan estrecha y secreta manera que apenas explicarse puede» (p. 649).

Las diferencias con el matrimonio humano son abismales:

«Que allí se inficcionan los cuerpos; y aquí se deifica el alma y la carne. Allí se aficionan las voluntades; aquí todo es una voluntad y un querer. Allí adquieren derecho el uno sobre el cuerpo del otro; aquí, sin destruir sus substancia, convierte en su cuerpo, en la manera que he dicho, el Esposo Cristo a su Esposa. Allí se hiera de ordinario; aquí se acierta siempre. Allí de continuo hay solicitud y cuidado, enemigo de la conformidad y unidad; aquí seguridad y reposo ayudador y favorecedor de aquello que es uno. Allí se ayuntan para sacar a luz a otro tercero; aquí por un ayuntamiento se camina a otro, y el fruto de aquesta unidad es afinarse en ser uno, y el abrazarse es para más abrazarse», (p. 660). Así se entiende que el deleite que emana de esta unión «es vivo gozo, y macizo gozo, y gozo de substancia y verdad» (p. 663). Es un deleite íntimo indescriptible de «divino bien y gozo íntimo y deleite abundante, y alegría no contaminada, que baña el alma toda, y la embriaga y anega por tal manera que, cómo ello es, no se puede declarar por ninguna» (p. 667. Véanse también páginas 668 y 669).

Se trata de un verdadero y profundo desposorio, de «un matrimonio indisoluble, celebrado entre nuestra carne y el Verbo» (p. 651). El resultado es «que nuestra carne es de su carne, y de sus huesos los nuestros; y que no solamente en los espíritus, mas también en los

cuerpos estamos todos ayuntados y unidos» (p. 653). Y ¿cómo ha de entenderse esa unión en la que nuestra carne es de su carne y nuestros huesos de sus huesos? ¿Queda reabsorbida la substancia del alma humana en la substancia divina? ¿Es la aniquilación de la substancia humana lo que está detrás y da sentido a la expresión: «Vivo yo, mas no yo, sino vive Cristo en mí?» (p. 651). Fray Luis de León nos dice que la gracia divina comunica sus dones, su fuerza, vigor, virtud y se derrama con su Espíritu, con lo cual nos hace como Él. Esa «cualidad celestial (...)» puesta en el alma, pone en ella mucho de las condiciones de Dios y la figura muy a su semejanza» (p. 655). La gracia no destruye la entidad humana, el hombre permanece como hombre y como ser limitado, pero investido ahora de la inmensidad de Dios. Fray Luis de León explica esta fusión con los ejemplos del hierro encendido, del guante oloroso, el aire y la nube atravesada por los rayos del sol.

Dice así: «De un hierro muy encendido decimos que es fuego, no porque en substancia lo sea, sino porque en las cualidades, en el ardor, en el encendimiento, en la color y en los efectos lo es; pues así, para que nuestro cuerpo se diga cuerpo de Cristo, aunque no sea una substancia misma con Él, bien le debe bastar el estar acondicionado como Él» (p. 654).

«Un guante oloroso, traído por un breve tiempo en la mano, pone su buen olor en ella, y apartando de ella lo deja allí puesto; y la carne de Cristo, virtuosísima y eficazísima estando ayuntada con nuestro cuerpo, e hinchendo de gracia nuestra alma, ¿no comunicará su virtud a nuestra carne? ¿Qué cuerpo, estando junto a otro cuerpo, no le comunica sus condiciones? Este

aire fresco que ahora nos toca, nos refresca; y poco antes de ahora, cuando estaba encendido, nos comunicaba su calor y encendía» (p. 655).

«De manera que, como una nube en quien ha lanzado la fuerza de su claridad y de sus rayos el sol, llena de luz, y —si aquesta palabra aquí se permite— en luz empapada, por dondequiera que se mire es un sol; así, ayuntando Cristo, no solamente su virtud y su luz, sino su mismo Espíritu y su mismo cuerpo con los fieles y justos, y como mezclando en cierta manera su alma con la suya de ellos, y con el cuerpo de ellos su Cuerpo, en la forma que he dicho, les brota Cristo y les sale fuera por los ojos y por la boca y por los sentidos; y sus figuras todas y sus semblantes y sus movimientos son Cristo, que los ocupa así a todos y se en señorea de ellos tan íntimamente, que sin destruirles o corromperles su ser, no se verá en ellos en el último día ni se descubrirá otro ser más del suyo, y un mismo ser en todos. Por lo cual así El como ellos, sin dejar de ser El y ellos, serían un El y uno mismo» (p. 659).

En la unidad, pues, cada uno permanece siendo sí mismo. La cuestión, digamos, filosófica queda resuelta. ¿Pero qué le pasa al alma cuando se ve invadida por el sol como la nube, o por el fuego como el hierro? Ponemos un texto bellísimo en el que se nos describe lo que sucede al alma cuando Dios se derrama en ella como el fuego en el madero: unión, fruición indescriptible, arrobamiento, transformación, dejar de ser sí misma para ser Dios. El texto es largo, pero vale la pena, pues indica que Fray Luis de León conoce el proceso por dentro como si lo hubiera experimentado:

Señales de la vivencia mística en Fray Luis de León

«Veamos como en idea todo lo que hace Dios con sus escogidos. Porque ¿qué es lo que no hace la Esposa allí para encarecer aqueste su deleite que siente, o lo que el Esposo no dice para este mismo propósito? No hay palabra blanda, ni dulzura regalada, ni requiebro amoroso, ni encarecimiento dulce, de cuantos en el amor jamás se dijeron o se pueden decir, que o no lo diga allí o no lo oiga la Esposa. Y si por palabras o por demostraciones exteriores se puede declarar el deleite del alma, y todas las que significan un deleite grandísimo, todas ellas se dicen y hacen allí, y comenzando de menores principios, van siempre subiendo, y esforzándose siempre más el soplo del gozo, al fin, las velas llenas, navega el alma justa por un mar de dulzor, y viene a la fin a abrazarse en llamas del dulcísimo fuego, por parte de las secretas centellas que recibió al principio de sí misma.

Y acontécele, cuanto a este propósito, al alma con Dios, como al madero no bien seco, cuando se le avicina el fuego, le aviene. El cual, así como se va calentando del fuego y recibiendo en sí su calor, así se va haciendo sujeto apto y dispuesto para recibir más calor, y lo recibe de hecho. Con el cual calentando, comienza primero a despedir humo de sí, y a dar de cuando en cuando algún estallido; y corren algunas veces gotas de agua por él, y procediendo en esta contienda y tomando por momentos el fuego en él mayor fuerza, el humo que salía se enciende de improviso en llama que luego se acaba; y dende a poco se torna a encender otra vez, y a apagarse también; y así la tercera y la cuarta, hasta que al fin el fuego, ya lanzado en lo íntimo del madero y hecho señor de todo él, sale todo junto y por

todas partes afuera levantando sus llamas, las cuales, prestas y poderosas y a la redonda bullendo, hacen parecer un fuego el madero.

Y por la misma manera, cuando Dios se avicina al alma y se junta con ella y le comienza a comunicar su dulzura, ella, así como la va gustando, así la va deseando más, y con el deseo se hace a sí misma más débil para gustarla, y luego la gusta más; y así creciendo en ella aqueste deleite por puntos, al principio la estremece toda, y luego la comienza a ablandar, y suenan de rato en rato unos tiernos suspiros, y corren por las mejillas a veces y sin sentir algunas dulcísimas lágrimas; y, procediendo adelante, enciéndese de improviso como una llama compuesta de luz y de amor, y luego desaparece volando, y torna a repetirse el suspiro, y torna a lucir y cesar otro no sé qué resplandor, y acreciéntase el lloro dulce, y anda así por un espacio haciendo mudanzas el alma traspasándose unas veces, y otras tornándose a sí, hasta que, sujeta ya del todo al dulzor, se traspasa del todo, y levantada enteramente sobre sí misma y no cabiendo en sí misma, espira amor y ternera y derretimiento por todas sus partes, y no entiende ni dice otra cosa si no es: ¡Luz, amor, vida, descanso sumo, belleza infinita, bien inmenso y dulcísimo, dame que me deshaga yo, y que me convierta en Ti toda, Señor!» (Fray Luis de León, b, 1991, pp. 669-670).

Y dicha unión se realiza con todas y cada una de las partes, abarca la totalidad:

«Dios, abrazado con nuestra alma, penetra por ella toda, y se lanza a sí mismo por todos sus apartados se-

cretos hasta ayuntarse con todo su mas íntimo ser; adonde hecho como alma de ella, y enlazado con ella, la abraza estrechísimamente....Y no solamente se ayunta mucho Dios con el alma, sino ayúntase todo; y no todo, sucediéndose unas partes a otras, sino todo junto y como de un golpe, y sin esperarse lo uno a lo otro» (Fray Luis de León, b, 1991, p. 666).

Este encuentro primordial con la Luz y con el Amor corta las palabras y reduce al silencio. Son los efectos propios de la unión mística, como nos lo dice en el texto siguiente:

«A lo menos, cierto es que, cómo ello es y cómo se pasa, ninguno jamás lo supo ni pudo decir. Y así sea ésta la primera prueba y el argumento primero de su no medida grandeza, que nunca cupo en lengua humana, y que el que más lo prueba lo calla más, y que su experiencia enmudece la habla, y que tiene tanto de bien que sentir, que ocupa el alma toda su fuerza en sentirlo, sin dejar ninguna parte de ella libre para hacer otra cosa. De donde la sagrada Escritura.... Introduciendo como en imagen una figura de apuestos abrazos, venido a este punto de declarar sus deleites de ellos, hace que se desmaye y que quede muda y sin sentido la Esposa que lo representa» (Fray Luis de León, b, 1991, p. 660).

Y, evidentemente, a tal unión se llega derribando los muros del 'Yo' que impiden la unión y obstruyen el paso de la Luz. Ello se consigue —como diría San Agustín—, quitándose a sí mismo de delante de sí mismo:

«Aquel ama de veras, que rompe por todo, que ningún estorbo le puede

hacer que no ame, que no tiene otro bien sino al que ama; que, con tenerle a Él, perder todo lo demás no lo estima; que niega todos sus propios gustos, por gustar del amor solamente; que se desnuda todo de sí, para no ser, sino amor, cuales son los verdaderos amadores de Cristo» (Fray Luis de León, l, 1991, p. 758).

Hemos recogido ya los textos que nos parecen más significativos e insinuan-tes de la vivencia mística en Fray Luis de León. Es el momento de hacer una reflexión sobre ello. Sin duda, no se puede hacer una lectura separada de este Nombre de 'Esposo' para hacerse con toda la resonancia espiritual que hay en él. Sólo cuando desde la lectura seguida de los Nombres anteriores se entra en el Nombre de 'Esposo', se llega, de alguna manera, preparado y dispuesto anímicamente para tener la impresión y la sensación de estar asistiendo a la descripción íntima que Fray Luis de León hace de su vivencia de Dios. El P. Félix García, en su introducción a Los Nombres de Cristo y refiriéndose al texto de la nota 53, habla de «palabras que tienen fulgor de estrellas extasiadas y ardor de ascuas recogidas» y de «página de pura tonalidad mística» (Félix García, P., 1991, pp. 372, 373). Efectivamente, se nota una gran *tonalidad* mística.

Literariamente los textos son de gran belleza. Se describe cuidadosamente, con delicadeza y unción de espíritu, el proceso de la unión íntima con Dios, a la que acompaña la fruición y la dulzura indescriptible. Y, sin embargo, a pesar de todo, no aparece el arrobamiento que acompaña a la efusión de Dios en el hombre y a su fusión. No se siente latir y vibrar, realmente, a la persona que lo ha vivido y lo recuerda, o está viviéndolo y lo describe. En ningún momento se insinúa el éxtasis. Y aunque, de suyo, no acompañe necesariamente a la vi-

vivencia mística, sin embargo, podría ayudar a esclarecer las cosas. Además, hay que tener en cuenta que la sensibilidad estética de la creatividad poética impregnada de emotividad religiosa, y la sensibilidad mística, aunque profundamente dispares en el fondo, dado el ámbito intimista en el que necesariamente se mueven, tienen, aparentemente, casi la misma melodía y despiertan sentimientos trascendentes en el corazón. Es, ciertamente, como dice el P. Félix, «un libro escrito con amor» y su «belleza intelectual» está «llena de amor» (Félix García, P., 1991, pp. 376 y 377). Estos son los elementos que proporcionan un innegable aire místico a la obra, y que se pueden explicar desde sí mismos y no, necesariamente, desde una vivencia personal de Dios. Por otro lado, a ello hay que añadir esa especie de nostalgia dulce, vibrante y amante de la fusión con Dios que flota en sus palabras y que insinúa, precisamente, que aún no se ha logrado. Hay sensibilidad espiritual fina y exquisita, pero sin la vibración del ser místico en pleno sentido. Hay más nostalgia de la vivencia que realidad de la misma. Hay entusiasmo místico, no hay vibración mística. Hay nostalgia más que presencia.

Todo parece, pues, que estamos ante *señales* de vivencia, no ante las seguridades de ella.

IV. Conclusión

1. Fray Luis de León es un ferviente religioso, tiene la sabiduría vivenciada en la Biblia y el sentimiento del poeta. Estas grandes cualidades le facilitan para detectar el misterio que vibra detrás de las palabras cálidas de sentimiento y religiosidad genuina. Él mismo es, sin duda, beneficiario de la lectura de las obras de Santa Teresa que, según él, están escritas «*con palabras tan vivas, que*

ninguno los leerá que, si es espiritual, no halle grande provecho: y, si no lo es, no desee serlo y se anime para ello, o, lo menos, no admire la piedad de Dios con los hombres que le buscan, y cuán presto le hallan, y el trato dulce que con ellos tiene». Hay, ciertamente, una sintonía anímica con Santa Teresa de Ávila y ello es una señal de su vivencia personal de Dios.

2. Se deja insinuar y percibir una cierta amargura, no bien superada, asumida u olvidada, por la traición, las mentiras y envidias que le encerraron en los calabozos de la Inquisición. Se tiene la impresión de que es una herida no bien cicatrizada y que, a pesar de todo, en el fondo, continúa horadando y arañando su alma. Aparece en la Exposición del libro de Job, prácticamente escrito en la cárcel, cuando dice: «*Mucho duele en la adversidad, faltar los amigos, mas no duele menos ver también lo que los enemigos se gozan*». Lo mismo en su «Explanación del salmo 26», en el «Cantar de los Cantares», en su obra madura «Los Nombres de Cristo». Algo, pues, que está permanente hurgando en la herida, no parece armonizarse ni encajar convenientemente con una profunda experiencia personal de Dios que todo lo anegaría en la inmensidad del amor divino. Incluso si, dada la experiencia vivencial con Dios, lo recordara, la distancia psíquica de lo acontecido sería abismal. Y sin embargo, uno siente que la cosa está fresca y como reciente. El mismo emblema lo recuerda. Por ello, todo parece que estamos ante una señal de la vivencia personal de Dios más que ante la seguridad y certeza de la misma.

3. Fray Luis de León como religioso, filósofo, teólogo y poeta tiene una exquisita sensibilidad para percibir la belleza y describir, sorprendido y admirado, esa realidad invisible y mis-

teriosa que danza, ante uno mismo, en la vida, en la naturaleza y en las cosas. Ello crea una actitud y disposición anímica para detectar el misterio que late vivo detrás de cada cosa. Esta sensibilidad poética, dado su carácter intimista, adquiere una tonalidad mística que no necesariamente tiene que proceder ni ser expresión de un encuentro vivencial con Dios. La experiencia de la belleza de lo inconmensurable que flota misteriosamente sobre cuanto abarca la mirada del poeta basta para dar razón del tono místico. Estaríamos, pues, una vez más, ante una señal de la vivencia de Dios, más bien que ante su realidad.

4. Fray Luis de León ha sabido colocar a Jesucristo en el centro de todo. También en el centro de la creación. Un palacio se proyecta, se construye y se ornamenta en función del príncipe que lo va a habitar. Así también la creación entera tiene su sentido en Cristo *«para cuyo nacimiento se ordenó desde su principio»* (Fray Luis de León, m, 1991, p. 435). Un árbol está todo él volcado hacia el fruto: 'la firmeza del tronco', 'la hermosura de la flor', 'el verdor y frescor de las hojas'. El fruto da sentido a todo lo

que ocurre en el árbol. También *«Cristo es llamado Fruto porque es el fruto del mundo para cuya producción se ordenó y fabricó todo el mundo»* (Ibíd. p. 436). Lo dice todavía con más claridad: *«El fin para el que fue fabricada toda la variedad y belleza del mundo fue por sacar a luz este compuesto de Dios y hombre, o, por mejor decir, este juntamente Dios y hombre que es Jesucristo»* (Ibíd. pp. 433-434). Como el árbol lo contiene todo en sí, así también en Cristo *«se recapitula todo lo no criado y criado, lo humano y lo divino, lo natural y lo gracioso»* (Ibíd. p. 434).

Todo tiende hacia Jesucristo y todo está transido de Jesucristo. Jesucristo es el sentido de la creación. Hubiera, pues, venido al mundo aunque el hombre no hubiera pecado. Mirar el mundo es ver, como en un espejo, a Jesucristo. El centro no es Dios, es Jesucristo. Estamos, sin duda, ante una doctrina de gran altura espiritual, que puede llevar a una contemplación mística de la creación y a una descripción sentida de Cristo en la naturaleza. Pero todo esto se puede explicar por la 'mirada' que ofrece la espiritualidad, no por la mirada que procede de 'ver' a Dios.

Dirección de contacto

biblioteca@frayluisdeleon.org

Indivisa, Bol. Estud. Invest., 2007, n.º 8, pp. 91-112
ISSN: 1579-3141



Referencias bibliográficas

Aubrey F.G. Bell, (1923). *Luis de León. Un estudio del Renacimiento español*. Ed. Araluce, Barcelona. p. 194, núm. III.

Félix García, P. (1991). *Introducción a Los Nombres de Cristo*. Fray Luis de León. Obras Completas Castellanas. BAC. Vol. I.

Fernández Álvarez, M., (1992). *Encuadramiento histórico de Fray Luis de León*. En «Fray Luis de León. IV centenario (1591-1991)». Congreso interdisciplinar. Madrid, 16-19 de octubre 1991. Actas. Ediciones Escorialenses. Real Monasterio del Escorial. Madrid.

Fray Luis de León, Obras Completas Castellanas. BAC. Madrid.

- a) (1991). *Los Nombres de Cristo: Jesús*. Vol. I.
- b) (1991). *Los Nombres de Cristo: Esposo*. Vol. I.
- c) (1991). *Escritos varios. Explanación del Salmo 26*. Vol. I.
- d) (1991). *Exposición del libro de Job*. Vol. II.
- e) (1991). *Poesías originales. A Felipe Ruiz*. Vol. II.
- f) (1991). *Los Nombres de Cristo: Dedicatoria*. Vol. I.
- g) (1991). *Los Nombres de Cristo: Hijo de Dios*. Vol. I.
- h) (1991). *Escritos varios. Protestación*. Vol. I.
- i) (1991). *Escritos varios. Carta-Dedicatoria*. Vol. I.
- j) (1991). *Escritos varios. Apología*. Vol. I.
- k) (1991). *Escritos varios. De la vida, muerte y milagros de la Santa Madre Teresa de Jesús*. Vol. I.
- l) (1991). *Los Nombres de Cristo: Amado*. Vol. I.
- m) (1991). *Los nombres de Cristo. Pimpollo*. Vol. I.

Fray Luis de León, (1571). *De legibus o tratado de las leyes*. Edición crítica bilingüe por Luciano Pereña. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1963, núm. 22, p. 29.

Fray Luis de León, (1991). *Escritos desde la cárcel. Autógrafos del primer proceso inquisitorial*, ed. José Barrientos García. Ediciones Escorialenses. Madrid 1991, Doc. 31, p. 186. También p. 190.

Fray Luis de León, (1891). *In Psalmos Expositio. In Psalmum XXVI. Mag. Luysii Legionensis Augustiniani Opera*, t. I, p. 112. Salamanca 1891: «Per quinqué fere annos in carcere et tenebris iacui. Ea, enim, tunc animi quiete atque laetitia fruebar (...) laetitia interdum perfundebat tanta, quantam non quaeo dicere, vis quaedam bonitatis Dei erat immensa et incredibilis».



Fray Luis de León, (1892). In *Caticum Canticorum triplex explanatio*. Mag. Luysii Legionensis Augustiniani Opera, t. II, p. 39. Salmanticae.

Fr. Juan Gil Prieto, (1928). *La antigua granja agustiniana denominada 'La Flecha'*. Religión y Cultura 2 (1928), 466- 481, ver páginas 471-474.

Fulton, J. M., (2003). *The ab ipso ferro motif in the works of Fray Luis de León*.

Romance Studies, vol. 21, núm. 1, pp 11-24, p. 11. Ed. University of Wales, Aberystwyth, 2003.

González Novalin, J. L. (1992). *Inquisición y censura de Biblias en el Siglo de Oro. La Biblia de Vatablo y el proceso de Fray Luis de León*, en «Fray Luis de León. IV centenario (1591-1991)». Congreso interdisciplinar. Madrid, 16-19 de octubre 1991. Actas. Ediciones Escorialenses. Real Monasterio del Escorial. Madrid 1992. p. 125. También *Los Nombres de Cristo*, Dedicatoria, nota 8 en la página 404 de las Obras completas castellana. BAC, 1991, vol. I.

Gustavo Vallejo, P. (1959). *Fr. Luis de León: Su ambiente, su doctrina espiritual, huellas de Santa Teresa*. Colegio Internacional de Santa Teresa. Roma 1959. En él descubre influencias de Santa Teresa principalmente en el libro tercero de Los Nombres de Cristo, publicado en la segunda edición del 1585. Pueden verse las páginas 175-253.

Manrique, A. (1632). *Vida de la Venerable Ana de Jesús*, Bruselas: en casa de Lucas de Meerbeeck, 1632. L.V., c. III, p. 328. No se conserva el original de esta carta escrita en Madrid, en el verano del 1590.

Méndez, F.P., (1881). *Vida de Fray Luis de León*. Revista Agustiniana, vol. I (1881), p. 338.

Miguel de Cervantes, (2001). *Canto de Calíope y otros poemas*. Biblioteca Nueva. Madrid 2001. En la página 112 elogia a de Fray Luis de León: «Quisiera rematar mi dulce canto/ en tal sazón, pastores, con loaros/ un ingenio que al mundo pone espanto/ y que pudiera en éxtasis robaros/». En él cifro y recojo todo cuanto/ he mostrado hasta aquí y he de mostraros: / Fray Luis de León es el que digo, / a quien yo reverencia, adoro y sigo».

San Juan de la Cruz, (1966). *Cántico espiritual*, canción 13, núm. 7, p. 634. Obras completas. Ed. Apostolado de la Prensa. Madrid, 8.ª edición.

Santa Teresa de Jesús, (1915). *Relaciones Espirituales*. Editada y anotada por el P. Silverio de Santa Teresa. Burgos, t. II, p. 465.

Trevor Davies, R., (1944). *El siglo de oro español 1501-1621*. Editorial Ebro, Zaragoza p. 292.

Zarco, P. J., *Breves apuntes biográficos*. Religión y Cultura 2 (1928), p. 338.